

La patria – después de mí - es primero**Alfredo Acle Tomasini©**

El senador leía y releía la frase de Vicente Guerrero que preside la Cámara, mientras los legisladores se sucedían en el micrófono para exponer sus reservas respecto a varios de los artículos de la reforma política. No entendía si estaba bien escrita o si por haber sido Guerrero una persona con escasa preparación, la había dicho mal cuando su padre le llevó el ofrecimiento de amnistía que por su conducto le ofrecía el Virrey Juan Ruiz de Apodaca. ¿Debió decir la patria es primero o primera? Se preguntaba como un fórmula para matar el aburrimiento que le provocaba la verborrea que, sin distingo de colores, salía de la tribuna.

Él llegó a esa curul sin ni siquiera hacer campaña, bastó que un amigo cercano y bien colocado en la jerarquía del partido lo pusiera en un lugar preferente en la lista de plurinominales. Después todo era cuestión de esperar que la maquinaria partidista hiciera el trabajo, como también quienes debían buscar el voto a ras de calle. Así que él no tuvo que darse baños de pueblo, ni besar niños desconocidos, ni sonreír hasta que se le acalambrara la mandíbula y menos aún tuvo que echar ningún discurso, porque, eso sí, lo de la oratoria no era la suya. Por ello raramente pedía subir a la tribuna. Prefería el diálogo en corto o en audiencias pequeñas, y si tenía que decir algunas palabras generalmente recurría a frases hechas que acumulaba en la memoria y que acomodaba según el caso.

Tú aquí vienes a empollar, le dijo en tono de consejo un legislador de su partido con amplia experiencia en las lides del Congreso y al que conoció tan pronto llegó ahí. El comentario lo desconcertó, por lo que preguntó sorprendido ¿a empollar qué? Una diputación, una presidencia municipal o quizás una gubernatura -respondió con autoridad su curtido correligionario-. Todo es cosa de portarse bien y hacer lo que convenga al partido, y a ti te irá bien.

Y así, portándose bien, estaba sentado en una nueva curul del recién estrenado edificio del Senado, donde además tenía una oficina dotada de avances tecnológicos que jamás imaginó, como el Ipad, del que ya nunca se desprendía. Qué bueno, se decía, que los senadores se fajaron y no permitieron que su nueva sede se construyera en San Lázaro, donde fueron inicialmente proyectados los edificios que albergarían al Congreso de la Unión, porque la verdad le parecía que ese rumbo de la ciudad era muy feo y no tenía restaurantes buenos para hacer grilla con comodidad. Esto de que los representantes del pueblo estén cerca de él es bueno para la retórica, pero tampoco exageren. Todos somos hijos de Dios, pero no de la misma mamacita. Se repetía relajado al recordar que estaba en el Paseo de la Reforma.

Cuando su cuate le preguntó qué quería ser, si senador plurinominal o diputado de mayoría relativa, no la pensó mucho. Optó por lo primero. Seis años de tranquilidad económica no podían despreciarse, además de la comodidad de no hacer campaña. Pero aun así hizo sus cuentas. Desde 1997, cuando el PRI perdió el control de la Cámara de Diputados, hasta la fecha han pasado por ella dos mil 500 personas. Para ello, mil 500 tuvieron que hacer campaña, lo que a cada una le significó contender por lo menos con cuatro candidatos más. Es decir, que por cada generación de 300 diputados de mayoría relativa compiten alrededor de mil quinientos candidatos ¡Qué bueno que todo esto lo paga el erario federal! ¿Si no de dónde saldría tanto dinero? Se preguntaba preocupado.

Pero su decisión no sólo la hizo con base en el alivio que daba la seguridad de tener un ingreso seguro por seis años, sino también le parecía que el tiempo para aprender el oficio de legislador resultaba muy corto en el caso de los diputados. Le bastaba ver cómo cada tres años entraban 500 personas en su mayoría sin experiencia legislativa y que apenas cuando empezaban a entender de qué se trataba el asunto y a especializarse en algún tema, tenían que salir en busca de una nueva chamba.

Tan absorto estaba en sus pensamientos, que sólo los llamados a votar lo distraían; levantaba la mano en la votación económica y después apretaba el botón en la electrónica. ¿Por qué pese a todos los comerciales los ciudadanos no reconocen nuestro esfuerzo? Se preguntaba. No entienden de tiempos políticos y que la política es el arte de lo posible, aunque sea minimalista. Que no nos digan que son reformas descafeinadas o mal planteadas. Toda reforma se inicia con un primer paso, eso es lo valioso, se decía al tiempo que volvía a fijar la vista en la frase de Guerrero. Bueno ¿primero, primero, primero? No sé.

alfredo@acletomasini.com.mx